

2 La vía romana

Lectura guiada: *República* de Cicerón (Libro VI, *Somnium Scipionis*)

Ponente: Prof. Dr. Antonio Lastra

Relatora: Prof^a Dr^a Sara Martínez Mares

22 de noviembre de 2018, 19 h.-21 h.

La vía romana

1. El problema de Cicerón: la *República*

República, autoridad de los filósofos, constitución de nuevas ciudades y conservación de las ciudades constituidas (1.12). La objeción de Tiberón a Escipión: “Me parece que has hecho un elogio de nuestra república, siendo así que Lelio no te preguntaba acerca de la nuestra, sino de cualquier república. A pesar de ello, no nos ha enseñado tu discurso cómo podemos constituir con costumbres y leyes ni cómo podemos conservar esa misma república de la que haces el elogio” (2.64: *Laudavisset mihi videris nostram rem publicam, cum ex te non de nostra, sed de omni re publica quaessisset Laelius. Nec tamen didici ex oratione tua, istam ipsam rem publicam, quam laudas, qua disciplina, quibus moribus aut legibus constituere vel conservare possimus*).

Humanitas (1.28; 2.48).

La muerte de Tiberio Graco: la división de un pueblo en dos partes (Lelio, 1.31: *Nam, ut videtis, mors Tiberii Gracchi et iam ante tota illius ratio tribunatus divisit populum unum in duas partis...*).

... *res publica res populi* (Escipión, 1.39: *Est igitur, inquit Africanus, res publica res populi, populus autem non omnis hominum coetus quoquo modo congregatus, sed coetus multitudinis iuris consensu et utilitatis communione sociatus*).

ut iam a fabulis ad facta veniamus 2.4 (Escipión). *Fabula* traduce el *μῦθος* griego. En 2.3 Cicerón ha contrapuesto el origen del pueblo (*populi originem*) a la “imaginación” socrático-platónica (*quam si mihi aliquam, ut apud Platonem Socrates, ipse finxero*). (Cf. 5.2 fr. Cicerón, citado por san Agustín: *Nostra vero aetas cum rem publicam sicut picturam accepisset... rem publicam verbo retinemus, re ipsa vero iam pridem amisimus*.)

novum populum (2.21). La respuesta de Lelio: “... has empezado, Escipión, tu disertación de una nueva manera, que nunca se ha visto en lugar alguno de las obras de los autores griegos, pues el más eximio de ellos, a quien nadie superó como escritor, tomó un terreno en donde construir una ciudad a su arbitrio, una ciudad, quizá admirable, es verdad, pero extraña a la vida y costumbres de los hombres; los otros autores disertaron sobre las distintas clases de ciudades sin establecer un modelo fijo ni tipo alguno de gobierno; tú, en cambio, me parece que vas a hacer dos cosas: empezaste por atribuir a otros lo que tú has pensado, en vez de hablar por ti mismo, como hace Sócrates en la obra de Platón, y razones lo que Rómulo hizo por acaso o por fuerza, pero, por otro lado, discurre no de una manera vaga, sino en referencia a la república concreta (2.21-22: *et te quidem ingressum ratione ad disputandum nova, quae nusquam est in Graecorum libris. Nam princeps ille, quo nemo in scribendo praestantior fuit, aream sibi sumsit, in qua civitatem extrueret arbitrato suo, praeclaram ille quidem fortasse, sed a vita hominum abhorrentem et moribus, reliqui*

disseruerunt sine ullo certo exemplari formaque rei publicae de generibus et de rationibus civitatum; tu mihi videris utrumque facturum; es enim ita ingressus, ut, quae ipse reperias, tribuere aliis malis quam, ut facit apud Platonem Socrates, ipse fingere et illa de urbis situ revoces ad rationem, quae a Romulo casu aut necessitate facta sunt, et disputes non vaganti oratione, sed defixa in una re publica. Quare perge, ut institui; prospicere enim iam videor te reliquos reges persequente quasi perfectam rem publicam).

sed obscura est historia Romana (Lelio, 2.33)

Platón y Escipión, 2.52 ([Platón] sas requisivit civitatemque optandam magis quam sperandam, quam minimam potuit, non quae posset esse, sed in qua ratio rerum civilium perspicui posset, effecit. Ego autem, si quo modo consequi potuero, rationibus eisdem, quas ille vidit, non in umbra et imagine civitatis, sed in amplissima re publica enitar, ut cuiusque et boni publici et mali causam tamquam virgula videar attingere).

... ad domesticum maiorumque morem etiam hanc a Socrate adventiciam doctrinam adhibuerunt (Cicerón, 3.5)

2. La investigación de Macrobio

Entre las obras de Platón y Cicerón, que uno y otro compusieron acerca de la República, he constatado, a primera vista, Eustacio, hijo mío, dulzura y orgullo de mi vida, que hay la siguiente diferencia: el primero reguló la organización de la República, el segundo la describió; Platón expuso cómo debería ser, Cicerón cómo la habían instituido sus antepasados. He aquí, no obstante, algo en lo que, sin duda, la imitación ha respetado al máximo la semejanza con el modelo: mientras que Platón, en la conclusión de su obra, hace que un personaje devuelto a la vida (que parecía haber abandonado) revele cuál es la condición de las almas despojadas de sus cuerpos, y añade una descripción, no superflua, de las esferas y de los astros, el Escipión de Tulio expone una apariencia de realidad, de significación parecida, que le ha sido inspirada durante el sueño. Pero qué necesidad tenían, uno de tal ficción, otro de semejante sueño, sobre todo tratándose de obras donde hablaban de la constitución de la república, y cuál era el interés, en medio de leyes para gobernar ciudades, por describir círculos, órbitas y esferas, por tratar del sistema de los astros y de la revolución del cielo, me pareció, y tal vez se lo parezca a otros, digno de investigarse y descartar así la sospecha de que hombres de una sabiduría eminente y que, en la investigación de la verdad, de ordinario no tienen más inspiraciones que las divinas, añadieron a una obra rigurosa algo superfluo. Sobre este particular, pues, hay que decir antes unas pocas palabras, a fin de que el espíritu de la obra de la que hablamos quede claramente de manifiesto.

(Inter Platonis et Ciceronis libros, quos de re publica uterque constituit, Eustachi fili, uitae mihi dulcedo pariter et gloria, hoc interesse prima fronte perspeximus quod ille rem publicam ordinavit, hic retulit; alter qualis esse deberet, alter qualis esset a maioribus instituta disseruit. in hoc tamen vel maxime operis similitudinem servavit imitatio quod, cum Plato in voluminis conclusione a quodam uitae reddito quam reliquisse uidebatur indicari faciat qui sit exutarum corporibus status animarum, adiecta quadam sphaerarum vel siderum non otiosa descriptione, rerum facies non dissimilia significans a Tulliano Scipione per quietem sibi ingesta narratur. sed quid vel illi commento tali vel huic tali somnio in his potissimum libris opus fuerit, in quibus de rerum publicarum statu loquebantur, quoue attinuerit inter gubernandarum urbium constituta circulos orbes globosque describere, de stellarum motu de caeli conversione tractare quaesitu dignum et mihi visum est et aliis fortasse uideatur, ne uiros sapientia praecellentes nihilque in investigatione veri nisi diuinum sentire solitos aliquid castigato operi adiecisse superfluum suspicemur. de hoc ergo prius pauca dicenda sunt ut liquido mens operis de quo loquimur innotescat.)

3. San Agustín sobre Cicerón sobre Roma

Pero si no se hace caso de quien ha llamado a Roma corrompida y envilecida en extremo y les da lo mismo que esté cubierta por un baldón vergonzoso de inmoralidad y de ignominia, con tal que se tenga en pie y siga adelante, presten atención no a que se hizo, como nos cuenta Salustio, corrompida y envilecida, sino, como aclara Cicerón, a que ya entonces estaba completamente en ruinas y no quedó ni rastro de la República. Pone en escena Cicerón al mismo Escipión, que había hecho desaparecer a Cartago, disputando sobre Roma, en una época en que, por efecto de la corrupción descrita por Salustio, se presentía a muy corto plazo su ruina. En efecto, la discusión se sitúa en el momento en que había sido asesinado uno de los Gracos, el que dio origen, según Salustio, a las graves escisiones que surgieron. De esta muerte se hace eco su misma obra. Había dicho Escipión al final del segundo libro: “Entre la cítara o las flautas y el canto de voces debe haber cierta armonía de los distintos sonidos y, si falta la afinación o hay desacordes, es insufrible para el oído entendido. Pero también esa misma armonía se logra mediante un concierto ordenado y artístico de las voces más dispares. Pues bien, de este mismo modo, concertando debidamente las diversas clases sociales, altas, medias y bajas, como si fueran sonidos musicales, y en un orden razonable, logra la ciudad realizar un concierto mediante el consenso de las más diversas tendencias. Diríamos que lo que para los músicos es la armonía en el canto, eso es para la ciudad la concordia, vínculo el más seguro y el mejor para la seguridad de todo Estado. Sin justicia, de ningún modo puede existir la concordia”. Pasa luego a exponer con más detención y profundidad la importancia de la justicia para una ciudad, así como el enorme perjuicio de su falta. A continuación toma la palabra Filo, uno de los que asisten a la discusión, y solicita que ese tema sea tratado con más detenimiento, y que se hable más extensamente de la justicia, por aquello de que un Estado —así dice la gente— no es posible gobernarlo sin injusticia. Escipión, pues, da su consentimiento con vistas a discutir y aclarar el tema. Su respuesta es que de nada serviría todo lo tratado hasta ahora sobre el Estado y sería inútil dar un paso más si no queda bien sentado no solo la falsedad del principio anterior: “Es inevitable la injusticia”, sino la absoluta verdad de este otro: “Sin la más estricta justicia no es posible gobernar un Estado”. Se aplazó para el día siguiente su explicación y en el libro tercero la materia está tratada muy acaloradamente. Filo tomó en la disputa el partido de quienes opinan que no es posible gobernar sin injusticia, dejando bien claro que su opinión personal era muy otra, y con toda claridad empezó a defender la injusticia contra la justicia, como si tratase realmente de demostrar con ejemplos y aproximaciones que aquella era de interés para el Estado y esta, en cambio, de nada le servía. Entonces, a ruegos de todos, emprendió Lelio la defensa de la justicia, afirmando, con toda la intensidad que pudo, que nada hay tan enemigo de una ciudad como la injusticia y que jamás un Estado podrá gobernarse o mantenerse firme si no es con una estricta justicia. Pareció este tema suficientemente tratado, con lo que Escipión reanuda su interrumpido discurso. Evoca y encarece su breve definición de república: es “una empresa del pueblo”, había dicho, y puntualiza que “pueblo” no es cualquier grupo de gente, sino “la asociación de personas basada en la aceptación de unas leyes y en la comunión de intereses”. Muestra después la gran utilidad de una definición a la hora de discutir y concluye de su definición que solo se da un Estado (“República”), es decir, una “empresa del pueblo”, cuando se gobierna con rectitud y justicia, sea por un rey, sea por una oligarquía de nobles, sea por el pueblo entero. Pero cuando el rey es injusto, lo llama “tirano”, al estilo griego; cuando lo son los nobles dueños del poder, los llama “facción” y cuando es injusto el mismo pueblo, al no encontrar otro nombre usual, llama también “tirano” al pueblo. Pues bien, en este caso no se trata ya —dice— de que la República esté depravada, como se decía en la discusión del día anterior; es que así ya no queda absolutamente nada de República, según la necesaria conclusión de tales definiciones, al no ser una “empresa del pueblo”, puesto que un tirano o una facción la han acaparado y, por tanto, el pueblo mismo ya no es pueblo si es injusto: no sería una “asociación de personas, basada en la aceptación de unas leyes y en la comunión de

intereses”, según la definición de “pueblo”. Por eso, cuando la República estaba tal como la describe Salustio, no era ya la más corrompida e infame, como él dice, sino que ya no existía en absoluto, como lo demuestran con toda evidencia las razones de la discusión que sobre el Estado tuvieron los personajes más relevantes de aquel entonces. Como también el mismo Tulio, no ya por boca de Escipión, sino con sus propias palabras, afirma en el comienzo del quinto libro, después de recordar aquel verso del poeta Ennio: “Si Roma subsiste, es gracias a sus costumbres tradicionales y héroes antiguos”. “Verso este —dice— que, por su concisión y veracidad, podría perfectamente haber sido proferido por algún oráculo de antaño. En efecto, ni estos héroes sin una morigerada ciudad ni las buenas costumbres sin el caudillaje de tales héroes habrían sido capaces de fundar ni de mantener por mucho tiempo un Estado tan poderoso y con un dominio tan extendido por toda la geografía. Así, en tiempos pasados la propia conducta ciudadana proporcionaba hombres de prestigio y estos excelentes varones mantenían las costumbres antiguas y las tradiciones de los antepasados. En cambio, nuestra época ha recibido el Estado como si fuera un precioso cuadro, pero algo desvaído por su antigüedad. No solo se ha descuidado en restaurarlo a sus colores originales, sino que ni se ha preocupado siquiera de conservar los contornos de su silueta. ¿Qué queda de aquellas viejas costumbres que mantenían en pie —dice el poeta— el Estado romano? Tan enmohecidas las vemos del olvido, que no solo no se las fomenta, sino que ya ni se las conoce. De los hombres, ¿qué diré? Precisamente por falta de hombres han perecido aquellas costumbres. Desgracia tamaña de la que tendremos que rendir cuentas; más aún, de la que de algún modo tendremos que excusarnos en juicio, como reos de pena capital. Por nuestros vicios, no por una mala suerte, mantenemos aún la República como una palabra. La realidad mucho tiempo ha que la hemos perdido.” Esto confesaba Cicerón mucho después, es verdad, de la muerte del “Africano”, haciéndole discutir sobre el Estado en su obra, pero ciertamente antes de la venida de Cristo. Si estos pareceres hubieran sido expresados después de la difusión y victoria del cristianismo, ¿qué pagano dejaría de imputar tal decadencia a los cristianos? ¿Y por qué entonces los dioses no se preocuparon de que no pereciese y se perdiera aquella República que Cicerón, mucho antes de la venida de Cristo en carne mortal, con acentos tan lúgubres deplora haber sucumbido? Miren a ver los admiradores que ella tiene cómo fue incluso en la época de antiguos héroes y viejas costumbres, a ver si estaba vigente la auténtica justicia, o tal vez ni siquiera entonces estuviera viva por sus costumbres, sino apenas pintada de colores, cosa que el mismo Cicerón, sin pretenderlo, expresó al exaltarla. Pero esto, si Dios quiere, lo trataremos en otro lugar. Me esforzaré en su momento por demostrar que aquel no fue nunca Estado auténtico (“república”), porque en él nunca hubo auténtica justicia. Lo haré apoyándome en las definiciones del mismo Cicerón, según las cuales brevemente, por boca de Escipión, dejó sentado qué es el Estado y qué es el pueblo (apoyándolo también en otras muchas afirmaciones suyas y de los demás interlocutores de la discusión). En rigor, si seguimos las definiciones más autorizadas, fue, a su manera, una república, y mejor gobernada por los viejos romanos que por los más recientes. La verdadera justicia no existe más que en aquella república cuyo fundador y gobernador es Cristo, si es que a tal Patria nos parece bien llamarla así, república, puesto que nadie podrá decir que no es una “empresa del pueblo”. Si este término, divulgado en otros lugares con una acepción distinta, resulta quizá inadecuado a nuestra forma usual de expresarnos, sí es cierto que hay una auténtica justicia en aquella ciudad de quien dicen los Sagrados Libros: ¡Qué pregón tan glorioso para ti, Ciudad de Dios!

(Sed si contemnitur qui Romanam rem publicam pessima ac flagitiosissimam dixit, nec curant isti quanta morum pessimorum ac flagitiosorum labe ac dedecore impleatur, sed tantummodo ut consistat et maneat: audiant eam non, ut Sallustius narrat, pessimam ac flagitiosissimam factam, sed, sicut Cicero disputat, iam tunc prorsus perisse et nullam omnino remansisse rem publicam. Inducit enim Scipionem, eum ipsum qui Carthaginem extinxerat, de re publica disputantem, quando prae aesentiebatur ea corruptione, quam describit Sallustius, iam iamque peritura. Eo quippe tempore disputatur, quo iam unus Gracchorum occisus fuit, a quo scribit seditiones

graues coepisse Sallustius. Nam mortis eius fit in eisdem libris commemoratio. Cum autem Scipio in secundi libri fine dixisset, ut in fidibus aut tibiis atque cantu ipso ac uocibus concentus est quidam tenendus ex distinctis sonis, quem inmutatum aut discrepantem aures eruditae ferre non possunt, isque concentus ex dissimillarum uocum moderatione concors tamen efficitur et congruens: sic ex summis et infimis et mediis interiectis ordinibus, ut sonis, moderata ratione ciuitatem consensu dissimillimorum concinere, et quae harmonia a musicis dicitur in cantu, eam esse in ciuitate concordiam, artissimum atque optimum omni in re publica uinculum incolumitatis, eamque sine iustitia nullo pacto esse posse, ac deinde cum aliquanto latius et uberius disseruisset, quantum prodesset iustitia ciuitati quantumque obesset, si afuisset, suscepit deinde Philus, unus eorum qui disputationi aderant, et poposcit, ut haec ipsa quaestio diligentius tractaretur ac de iustitia plura dicerentur, propter illud, quod iam uulgo ferebatur rem publicam regi sine iniuria non posse. Hanc proinde quaestionem discutiendam et enodandam esse adsensus est Scipio responditque nihil esse, quod adhuc de re publica dictum putaret, quo possent longius progredi, nisi esset confirmatum non modo falsum esse illud, sine iniuria non posse, sed hoc uerissimum esse, sine summa iustitia rem publicam regi non posse. Cuius quaestionis explicatio cum in diem consequentem dilata esset, in tertio libro magna conflictione res acta est. Suscepit enim Philus ipse disputationem eorum, qui sentirent sine iniustitia geri non posse rem publicam, purgans praecipue, ne hoc ipse sentire crederetur, egitque sedulo pro iniustitia contra iustitiam, ut hanc esse utilem rei publicae, illam uero inutilem, ueri similibus rationibus et exemplis uelut conaretur ostendere. Tum Laelius rogantibus omnibus iustitiam defendere agressus est adseruitque, quantum potuit, nihil tam inimicum quam iniustitiam ciuitati nec omnino nisi magna iustitia geri aut stare posse rem publicam. Qua quaestione, quantum satis uisum est, pertractata Scipio ad intermissa reuertitur recollitque suam atque commendat breuem rei publicae definitionem, qua dixerat eam esse rem populi. Populum autem non omnem coetum multitudinis, sed coetum iuris consensu et utilitatis communione sociatum esse determinat. Docet deinde quanta sit in disputando definitionis utilitas, atque ex illis suis definitionibus colligit tunc esse rem publicam, id est rem populi, cum bene ac iuste geritur siue ab uno rege siue a paucis optimatibus siue ab uniuerso populo. Cum uero iniustus est rex, quem tyrannum more Graeco appellauit, aut iniusti optimates, quorum consensum dixit esse factionem, aut iniustus ipse populus, cui nomen usitatum non repperit, nisi ut etiam ipsum tyrannum uocaret: non iam uitiosam, sicut pridie fuerat disputatum, sed, sicut ratio ex illis definitionibus conexa docuisset, omnino nullam esse rem publicam, quoniam non esset res populi, cum tyrannus eam factione capesseret, nec ipse populus iam populus esset, si esset iniustus, quoniam non esset multitudo iuris consensu et utilitatis communione sociata, sicut populus fuerat definitus. Quando ergo res publica Romana talis erat, qualem illam describit Sallustius, non iam pessima ac flagitiosissima, sicut ipse ait, sed omnino nulla erat secundum istam rationem, quam disputatio de re publica inter magnos eius tum principes habita patefecit. Sicut etiam ipse Tullius non Scipioni nec cuiusquam alterius, sed suo sermone loquens in principio quinti libri commemorato prius Enni poetae uersu, quo dixerat: Moribus antiquis res stat Romana uirisque. m Quem quidem ille uersum, inquit, uel breuitate uel ueritate tamquam ex o raculo quodam mihi esse effatus uidetur. Nam neque uiri, nisi ita morata ciuitas fuisset, neque mores, nisi hi uiri praeuissent, aut fundare aut tam diu tenere potuissent tantam et tam uaste lateque imperantem rem publicam. Itaque ante nostram memoriam et mos ipse patrius praestantes uiros adhibebat, et ueterem morem ac maiorum instituta retinebant excellentes uiri. Nostra uero aetas cum rem publicam sicut picturam accepisset egregiam, sed euanescentem uetustate, non modo eam coloribus isdem quibus fuerat renouare neglexit, sed ne id quidem curauit, ut formam saltem eius et extrema tamquam liniamenta seruaret. Quid enim manet ex antiquis moribus, quibus ille dixit rem stare Romanam, quos ita obliuione obsoletos uidemus, ut non modo non colantur, sed iam ignorentur? Nam de uiris quid dicam? Mores enim ipsi interierunt uirorum penuria, cuius tanti mali non modo reddenda ratio nobis, sed etiam tamquam reis capitis quodam modo dicenda causa est.

Nostris enim uitiis, non casu aliquo, rem publicam uerbo retinemus, re ipsa uero iam pridem amisimus. Haec Cicero fatebatur, longe quidem post mortem Africani, quem in suis libris fecit de re publica disputare, adhuc tamen ante aduentum Christi; quae si diffamata et praeualescente religione Christiana sentirentur atque dicerentur, quis non istorum ea Christianis inputanda esse censeret? Quam ob rem cur non curarunt dii eorum, ne tunc periret atque amitteretur illa res publica, quam Cicero longe, antequam Christus in carne uenisset, tam lugubriter deplorat amissam? Viderint laudatores eius etiam illis antiquis uiris et moribus qualis fuerit, utrum in ea uiguerit uera iustitia an forte nec tunc fuerit uiua moribus, sed picta coloribus; quod et ipse Cicero nesciens, cum eam praeferret, expressit. Sed alias, si Dneus uoluerit, hoc uidebimus. Enitar enim suo loco, ut ostendam secundum definitiones ipsius Ciceronis, quibus quid sit res publica et quid sit populus loquente Scipione breuiter posuit (adtestantibus etiam multis siue ipsius siue eorum quos loqui fecit in eadem disputatione sententiis), numquam illam fuisse rem publicam, quia numquam in ea fuerit uera iustitia. Secundum probabiliore autem definitiones pro suo modo quodam res publica fuit, et melius ab antiquioribus Romanis quam a posterioribus administrata est; uera autem iustitia non est nisi in ea re publica, cuius conditor rectorque Christus est, si et ipsam rem publicam placet dicere, quoniam eam rem populi esse negare non possumus. Si autem hoc nomen, quod alibi aliterque uulgatum est, ab usu nostrae locutionis est forte remotius, in ea certe ciuitate est uera iustitia, de qua scriptura sancta dicit: Gloriosa dicta sunt de te, ciuitas Dei.

SAN AGUSTÍN, *De Civitate Dei* 2.21

(Traducción de Santos Santamarta del Río y Miguel Fuertes Lanero)

Breve bibliografía

- M. TULLIUS CICERO, *Librorum de Re Publica Sex*, ed. de C.F.W. Mueller, Teubner, Leipzig, 1889, y *De Legibus*, ed. de G. de Plinval, Belles Lettres, París, 1959, en <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/collection?collection=Perseus%3Acorpus%3Aperseus%2Cauthor%2CCicero>.
- CICERÓN, *Sobre la república*, ed. de A. d'Ors, Gredos, Madrid, 1984.
- , *La República. Las Leyes*, ed. de J. M. Núñez, Akal, Madrid, 1989.
- MACROBIO, *Comentario al Sueño de Escipión de Cicerón*, ed. F. Navarro, Gredos, Madrid, 2006.
- LEO STRAUSS, *Seminar in Political Philosophy: Cicero* (1959), disponible en https://wslamp70.s3.amazonaws.com/le Strauss/s3fs-public/Cicero%20%281959%29_o.pdf
- MICHEL SERRES, *Rome. Le livre des fondations*, Grasset, París, 1983.
- RÉMI BRAGUE, *Europe, la voie romaine*, Folio, París, 1992 (1999²) (*Europa, la vía romana*, trad. de J. M. Palacios, Gredos, Madrid, 1995).
- LUCIANO CANFORA, *Augusto figlio di Dio*, Laterza, Bari, 2015.